



Patricia Lara Salive: entre letras y tambores

MELISSA SERRATO RAMÍREZ

ME construyó una casita de muñecas. Antes de entregármela, mi padre Rómulo se aseguró de que yo no sospechara que lo que había debajo de las capas verdes, de esas con las que se cubren los cultivos de flores, era mi regalo de Niño Dios. Era un papá espectacular. Me tuvo engatusada con el cuento de que lo que había a un lado de la finca era una obra y cuando me iba a acercar, reventaban dinamita y yo salía corriendo porque me daba mucho miedo. Hasta que de pronto apareció la casita de muñecas.

A mí no se me olvida la emoción cuando me entregó la casita. Me llevó hasta allá y empezó a cantarme: “Aquí tienes la casita que tanto te prometí, llenita de Margaritas para ti y para mí...”. Luego entramos y me mostró que cada cosa, aunque pequeñita —el baño, el inodoro, la nevera, la cocina, la chimenea—, funcionaba a las mil maravillas. Ese momento es uno de los fragmentos más conmovedores del documental que papá hizo de mi vida. Grabó todos los episodios especiales, desde el primer llanto hasta cuando me casé por primera vez. Sólo hasta el día de mi matrimonio me regaló varios rollos de cinta de cine, cada uno con carrete de oro y estuche de terciopelo.

En el rollo en que se encuentra la época de infancia, entre muchas otras escenas, me veo de unos cinco años jugando con unas luces de bengala, con gafas oscuras y guantes para que las chispitas no me fueran a lastimar los ojos ni las manos; también, dando muestras de las primeras palabras que aprendí a leer y, por supuesto, de los viajes y las vacaciones. Me acuerdo que en la adolescencia me daba rabia tener que estar posando y parándole bolas a la cámara; pero, ahora, sólo puedo ver la fortuna de haber tenido un papá dedicado a mí de esa manera tan devota.

Papá hizo cine de aficionado toda su vida. A comienzos de siglo se financió su bachillerato cobrando por proyectar funciones de películas; de hecho, el teatro que tenía mi papá, el edificio Lara, yo lo doné no hace mucho para que fuera la sede de la Fundación Patrimonio Fílmico. Más adelante, mi padre se encargó de Lara e hijos, una empresa automotriz que tenía con sus dos hermanos. Como industrial y empresario fue siempre el mejor de su área, así se lo propuso, se exigía a sí mismo destacarse, pero no sólo en los negocios; también intelectual y físicamente, porque además era deportista. Jamás se permitía desfallecer, mucho menos resultar derrotado, para él no había cosas imposibles y en todas las áreas en las que se desempeñaba, todo lo que hacía era perfecto. Era un ser polifacético, perfeccionista y con una personalidad muy fuerte y muy vital, él no pasaba desapercibido en ninguna parte.

Página anterior:

Patricia, 24 de diciembre de 1951.

* Este perfil es el resultado de la reconstrucción de varias entrevistas con Patricia Lara Salive, su hija María Gómez Lara, su prima Lilian Salive y su profesora de filosofía del colegio María Mercedes de Velasco.



Primera infancia.



Patricia con Dorita, su mamá.

A Patricia se le iluminan los ojos cada vez que habla de su padre, y el relato de sus recuerdos se vuelve ágil y detallado, como si regresara a los años de infancia en los que salía con él por los alrededores de su finca de Sasaima para mirar ardillas o como si volviera a verlo en cada una de las ocasiones en que él abandonaba importantes compromisos para atender alguno de sus caprichos. Porque confiesa sin titubear que era una niña sumamente consentida, no sólo por ser hija única, sino por la expectativa que despertó en sus padres, quienes la concibieron dieciocho años después de haber contraído matrimonio. Cuando regresa de los lugares a los que la llevaron los vericuetos de su memoria, Patricia vuelve a fijar su mirada en mí y dice:

Yo me levanté en esa escuela de rigor. Mi papá fue una figura absolutamente determinante y que influyó de manera rotunda en mí. Así como me consentía, jugaba conmigo, me llenaba de ternura, de un amor muy grande y me hacía sentir que yo era su prioridad; al mismo tiempo, me mantenía con unos estándares de exigencia muy altos. Él no aceptaba nada que no fuera perfecto y repetía esa cantaleta, que termina grabándosele a uno en el fondo de la mente y el corazón, de que hay que ser siempre los primeros. Entonces, eso es muy bueno y muy gratificante, pero también muy difícil y angustioso, pues es un reto permanente. En alguna ocasión, saqué el segundo puesto, en vez del primero en el colegio, en el Gimnasio Femenino, y papá no me habló durante una semana.

Mi mamá se complementaba perfectamente con él. Ambos eran generales de ejército, ella se parecía mucho al almirante Pizarro. Adoró a papá. Era una mujer supremamente inteligente, muy perfeccionista también y muy brillante. Encarnaba la rectitud, la norma, el honor, la dignidad. Era como el faro moral y ético de la familia. Muy elegante mi mamá, muy artista; por ejemplo, todos los jardines de la finca los hizo ella, le gustaba mucho la decoración de interiores, cocía espectacularmente; en cambio, no cocinaba.



Primera infancia.

Desde muy chiquita pasábamos las vacaciones en la finca de Sasaima y en Barranquilla, porque mis abuelos maternos vivían allá y desde entonces, he ido a un par de carnavales, que me gozo como nadie. Luego, mis padres consiguieron un apartamento en Santa Marta y ahí fue cuando me torcí, porque conocí a unos amigos samarios, todos eran unos locos y se convirtieron en mis más entrañables amigos. Ese medio Caribe me adoptó de una forma u otra. A los catorce años tuve un novio espectacular. Era churro, adorado y fue un amor divino, duramos como un año y medio y yo de burra lo dejé, porque entre esos locos samarios, me enamoré de Mario Ochoa y fue un amor como de locura; pero nunca funcionó bien la relación. Me acuerdo que por esos años leí *María*... ¡Uy! Yo lloré mucho con *María*. Esa separación de ellos para mí fue terrible, todavía me acuerdo de un llanto interminable por la historia de amor fallida entre María y Efraín. Es que yo soy muy llorona, y admito que me gustaba sufrir.

Ya llegó la época de entrar a la universidad y siempre tuvimos la idea de que yo iba a estudiar Economía porque tarde o temprano tendría que ocuparme de los negocios de papá. Pero en los últimos años de bachillerato llegó al colegio María Mercedes, una nueva profesora, a la que llamábamos Memé, gracias a ella conocí y me enamoré de la filosofía. Ella dice que en su mente tiene un recuerdo muy nítido de un día de finales de undécimo grado en el que yo acudí a ella porque tenía mucha angustia de tomar definitivamente la decisión de no estudiar Economía, sino Filosofía, y con ello defraudar a papá. Aún así, él era mi mejor amigo y cuando le dije, lo tomó muy bien y lo aceptó.

Los años de universidad no quedaron grabados en mi mente por los seminarios de Spinoza y Nietzsche y las lecturas a propósito de estética y ética, sino por el coro de los Andes. Eso era una parranda permanente con mi grupo de amigos que era muy chévere. Nos dirigía Amalia Samper, íbamos a los festivales de música y una



Patricia de viaje.



Patricia con su padre, en la celebración del grado del colegio.

vez ganamos el de Música Religiosa de Popayán. Realmente fue durante esos años que la sangre barranquillera de mi mamá salió a relucir en mí, porque su música eran los boleros y el son Caribe, además ella tocaba piano y tiple y mis tíos cantaban. Entonces, yo crecí oyendo *Songo le dio a Borondongo*, *Espinita*, *Anillo de compromiso* y cosas de ese estilo. De hecho, todas esas canciones están guardadas en la casita de muñecas, los discos que hay ahí, los que quedan, son esos de acetato, de 78 revoluciones, con los que bailábamos en las fiestas.

La verdad es que yo hubiera querido ser cantante o tamborilera de una banda del Caribe... Por eso aprendí a cantar y a tocar tiple y guitarra, y también compuse mis boleros cuando estaba en los Andes, aunque ya ni me acuerdo, se me perdieron las letras y se me olvidaron las músicas. Las que sí me sé al derecho y al revés son las canciones de Agustín Lara, que les encantaban a mis papás y me los recuerda muchísimo. Las canciones de ellos eran *Solamente una vez* y *Aquellos ojos verdes*. Pero, una que siempre me viene a la mente es *En la vida hay amores que nunca pueden olvidarse*... Ese es uno de los clásicos, de mis clásicos.

Estando en la Universidad conocí y me casé con mi primer marido, Jorge Posada. Era un hombre muy brillante, líder estudiantil, de izquierda. Fue presidente de la Federación Universitaria Nacional (FUN) y tuve con él a mi primer hijo, a quien también llamamos Jorge.

Cuando yo tenía unos veintidós o veintitrés años y todavía estaba en la universidad, Héctor Echeverri —el marido de mi prima Gloria Lara, a quien asesinaron— trabajaba en el Partido Liberal y me consiguió un puestico de lagarta en la Dirección Liberal del partido. Yo admiraba muchísimo a Carlos Lleras, le tomé un enor-



Con su padre.

me cariño, él también simpatizó conmigo y fui ascendiendo, por decirlo de alguna manera, en sus afectos. Entonces, me nombró tesorera de la Junta Administrativa del partido y ahí mi labor le dio mucha confianza a él, pues yo creo que en política debe ser muy difícil sentir y saber que siempre se está rodeado de gente que quiere sacar tajada a toda hora.

Durante una comisión del partido, Lleras intentó obtener el apoyo del liberalismo para postularse como candidato a la presidencia, y lo que hizo fue abrirle las puertas a Alfonso López Michelsen. Cuando se terminó la comisión, ese mismo día, yo le escribí una carta en la que le proponía que hiciéramos una revista. Él no me respondió nada y yo salí a un viaje fuera del país. A mi regreso, me dijeron que me había llamado, entonces fui a hablar con él y me dijo que no había querido interferir en la campaña, pero que como había ganado el Partido Liberal, ahora sí quería que trabajáramos en el proyecto de la revista. Así fue como surgió Nueva Frontera.

Él no sólo dirigía la revista, sino que la hacía toda y lo que no hacía él, lo hacía yo. Fue una época muy interesante e intensa, de un trabajo sumamente agotador. Yo recuerdo jornadas hasta las tres de la mañana en la imprenta, obviamente no había computadores y los procesos no eran tan rápidos como ahora, luego venían la corrección de pruebas y el fotolito. Además, no hicimos solamente la revista, también varios libros, que él escribió y yo edité y corregí.

Lleras fue un maestro de verdad, verdad... Era un lector impresionante, lector de todo, se leía toda la prensa internacional, todo lo relacionado con el Estado colombiano, hablaba muchísimos idiomas; entonces, los consejos de redacción eran unas clases magistrales deliciosas, tanto de realidad nacional e internacional, como de cualquier otra área. A eso hay que agregarle que era un duro en poesía, él, por supuesto, hacía la página poética.

Yo aprendí mucho de Lleras. Sobre todo, por su altísimo nivel de exigencia, no toleraba errores, en ese sentido se parecía mucho a papá. De hecho, papá fue



Patricia Lara en 1971.



Universidad de Columbia.

compañero de colegio de Alberto Lleras, primo de Carlos Lleras, y ahí en la Escuela Ricaurte, donde hicieron el bachillerato, fundaron un periódico que se llamaba Ideas. A Alberto lo conocí desde que era una niña porque él iba a mi casa a las reuniones de ex alumnos de la Escuela Ricaurte.

En 1976, mientras yo era gerente de Nueva Frontera, Luis Carlos Galán, quien acababa de regresar de la Embajada en Italia, asumió la codirección de la revista. Yo decidí lanzarme para el Concejo de Bogotá con la lista que encabezaba Carlos Lleras, con suplencia de Virgilio Barco y cuya intención era lanzar el Movimiento de Democratización Liberal. “Recuerdo que Luis Carlos insistía en que me vinculara políticamente con Sorzano, un santandereano —como él— joven, inteligente y con futuro”¹. Así lo hice. Luis Guillermo Sorzano y yo hicimos campaña juntos para llegar al Concejo y Galán comenzó su carrera política haciéndonos campaña a Sorzano y a mí en las calles de Bogotá. Él era el ‘telonero’ que abría el discurso en los barrios.

“Por una equivocación del destino, Sorzano —quien iba en la lista como principal en renglón de quema— no salió elegido concejal. En cambio yo, al cabo de unos pocos meses, estaba hasta el cogote de politiquería y no volví a las sesiones del Honorable Concejo porque me convencí de que no disponía de la paciencia requerida para perder madrugadas enteras en debates —la mayor parte de las veces— tontos e interminables”².

Llegar al Concejo de Bogotá me generó un choque muy grande. Yo iba por el movimiento de Carlos Lleras, que se llamaba Democratización Liberal y que se oponía al clientelismo y a las dádivas, pero uno se encontraba con la realidad, que eran unas colas de gente necesitando un puestico, una ayudita para el hijo, un auxilio de salud, mejor dicho, algo para sobrevivir. Era una contradicción enorme, porque si uno les concedía algo, estaba yendo contra el principio y si no, se sentía

1. Patricia Lara Salive, “De Fujimori a Sorzano”, en *Cambio* 16, núm. 7, 26 de julio de 1993, pág. 26.

2. *Ibíd.*



Matrimonio.

como un desgraciado. Tuve que hablar con Lleras, le dije que definitivamente yo no servía para ese asunto y me salí del redil. Es por eso que yo digo que el Partido Liberal me volvió de izquierda, pues terminé apoyando muchas ideas de Carlos Bula, que era el concejal estrella, el jefe del Moir. Claro que no fue fácil, “porque hacia fuera lo que se apreciaba era que la oveja negra del llerismo trabajaba políticamente con el jefe del Moir”³.

En 1977 viajé a París a hacer un posgrado de un año en Periodismo y ciencias de la información en la Universidad de París. Académicamente no aprendí casi nada, me enseñaban el número de caracteres que debía tener un cable y aspectos de gramática y sintaxis sin mayor profundidad. Lo que sí me quedó fue la ciudad, que tiene un atractivo indescriptible. Allá dejé jirones de alma, entre otras cosas, porque Miriam, la esposa de Eligio ‘Yiyo’ García Márquez, había estudiado en la universidad conmigo y con María Mercedes Carranza; entonces, cuando yo llegué a París, ella estaba recién casada y conocí a ‘Yiyo’ y se fue dando una relación de amistad muy fuerte, pues en el exterior los vínculos se hacen más sólidos y estrechos.

‘Yiyo’ y Miriam se fueron a vivir a Londres y yo me sentía muy sola en París, así que me iba a hacerles visita con relativa frecuencia. Llegaba el viernes a la casa de ellos, que quedaba como a las afueras de la ciudad, me ponía la pijama el viernes y me la volvía a quitar el domingo para devolverme. Nos la pasábamos echando carreta todo el fin de semana, hablábamos de todo, con él había un diálogo inagotable, era el amigo pa’ todo. Cuando terminé materias me fui a vivir un año a Londres y allá escribí la tesis del posgrado, pero admito que no me gustó la ciudad por el frío, era tanto que me deprimía. De Londres me fui a Nueva York, estuve también un año haciendo una maestría en Periodismo, en la Universidad de Columbia y fue realmente ahí donde aprendí lo que sé de periodismo.

En 1980, cuando terminé Columbia, escribí *Siembra vientos y recogerás tempestades*. Lo hice muy impulsada por la entrevista que Jaime Bateman le dio a Germán

3. Juan Mosca, “El cambiao”, en *Cambio*, núms. 289-290, 28 de diciembre de 1998, pág. 20.

Patricia Lara

SIEMBRA VIENTOS Y RECOGERÁS TEMPESTADES

La historia del M-19,
sus protagonistas y sus destinos



Planeta

Siembra vientos y recogerás tempestades.

Castro, publicada en el Washington Post, y porque siempre me había llamado mucho la atención que una persona de apellido Bateman fuera el jefe del M-19, además era costeño y yo me preguntaba porqué en la Costa no había habido guerrilla.

Fui a La Habana, entré en contacto con el comando y les dije que quería escribir un perfil de Jaime Bateman. Regresé y estando aquí le hice la entrevista. Me costó mucho trabajo porque a pesar de que el tipo era muy brillante, era muy tímido y no hablaba de sí mismo. Me dijo: "Si quiere que le cuenten de mí, puede hablar con mis amigos y si quiere más, vaya a Santa Marta y hable con mi mamá" y evidentemente yo fui a conocer a Clementina Cayón.

En el Hotel Europa, de Panamá, conocí a Iván Marino Ospina y Álvaro Fayad. Ahí me encontré con los puntos de vista tanto de los liberales como de los conservadores. Eso fue todo un descubrimiento, porque Ospina era de familia conservadora y sufrió la violencia liberal, y Fayad era de familia liberal y sufrió la violencia conservadora. Eso me permitió conocer la otra realidad de Colombia, un país donde hay, por lo menos, dos realidades completamente distintas: lo que es bueno para uno, es malo para otro y al revés. Para mí, *Siembra vientos y recogerás tempestades* es el resumen de las violencias y el eslabón perdido entre la violencia de la Guerra de los Mil Días y la violencia de hoy.

El libro se publicó en 1982. Unos meses después, el 22 de noviembre, murió mi papá, y con unos días de diferencia mataron a Gloria Lara de Echeverri, mi prima,

a quien habían secuestrado en junio de ese mismo año. Ambos fueron unos golpes devastadores, yo quedé muy mal psicológica y anímicamente; entonces, en 1986, decidí irme a La Habana como corresponsal de Caracol. En realidad, estaba huyendo del dolor y de la pena, de todo lo que se pareciera a este país y a este entorno porque, claro, el mundo de allá no me recordaba a cada instante a mi papá.

Fue una época muy dolorosa porque yo estaba en medio de un duelo terrible; pero, también fue muy interesante pues el compromiso que hice con Yamid Amat consistía en que yo tenía que generar una noticia diaria, y eso en Cuba es imposible. Entonces se me ocurrió recurrir a un amigo mío cubano, Ricardo Alarcón de Quesada, que acababa de llegar de Nueva York de ser embajador en la ONU y para ese momento era Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Lo que hacíamos era reunirnos dos o tres veces por semana, pasábamos revista, él hacía las noticias y yo las emitía. Recuerdo muy bien que cuando conversábamos, me decía: “Imagínate, yo acostumbrado a levantarme todos los días con el New York Times y el Washington Post, y llego aquí y la principal noticia que hay es que Ubre blanca, que era una vaca de la que Fidel estaba enamorado, había producido 101 litros de leche diarios y al otro día había aumentado a 103”.

Pude relacionarme con muchos políticos latinoamericanos; pero, tal vez, lo más interesante en el ámbito de convivencia fue ver la vida cotidiana de la gente cubana. Vivir es muy difícil para ellos, pierden una cantidad de tiempo en lo que ellos llaman “resolver”: resolver la carne, el agua, la leche, el dentista... Y aún así, son gente adorable, de una calidez incomparable. Allá duré como diez meses y tuve que regresarme porque me enfermé de la columna, tenía una hernia discal que me tuvo tullida casi un año, hasta que me operaron. Luego ingresé a El Tiempo a hacer reportajes de domingo y trabajando allá, viajé el 12 de octubre de 1986 a los Estados Unidos para acompañar a Darío Arismendi a recibir el premio María Moors Cabot, que se otorga a quienes coadyuvan al entendimiento y a la libertad de prensa entre los pueblos del hemisferio occidental.

Yo había estado en la Embajada Americana unos días antes del viaje y no se había presentado ningún problema. Al llegar al aeropuerto, en la fila de inmigración, me dijeron: “Su visa ha sido cancelada. Se devuelve o se queda a un juicio”. Yo bien andariega y aventurera, respondí: “Yo me quedo, no tengo nada que temer”. “Creía que el interior de una cárcel daba para cualquier novela, y pensé que esa era la oportunidad de hacer el reportaje de mi vida”⁴, pero se formó un lío que duró cinco días, un lío de prensa muy gordo.

Tenía acceso a los teléfonos públicos del aeropuerto; entonces, ahí mismo llamé a Ramón Jimeno, que era mi amigo, había vivido en Nueva York y tenía muchos contactos. Llamé al embajador en Washington, que era ‘Pacho’ Posada de la Peña, muy amigo de la familia de mi mamá, de Barranquilla, se portó muy bien, se la jugó toda. También a mi secretaria, Amelia Beltrán, quien había sido secretaria de mi papá, y le pedí que no le dijera nada a mi mamá ni a mi hijo, porque inicialmente yo pensé que eso se podía solucionar rápido. Llamé a la Universidad de Columbia, al profesor Donald Johnston, quien también se portó divinamente.

Esa noche me llevaron a un hotel escoltada por unas guardias de inmigración y al otro día me trasladaron a una cárcel de inmigración de Nueva York. ¡Esa cárcel era terrible! Estaban todos los inmigrantes, en una situación muy complicada porque literalmente no existen: no han entrado al país ni están en su país de origen, entonces no tienen derechos. Ese era mi caso, algo muy angustioso porque hacen

4. Ibid., pág. 21.

Patricia Lara apela ante Corte de E.U.

(Viene de la página 1a.)

Llegó el domingo al aeropuerto "John F. Kennedy", de Nueva York, para asistir mañana a la entrega de los premios "María Moors Cabot".

Funcionarios de inmigración manifestaron a la periodista que la visa concedida en París le había sido cancelada y, en consecuencia, no podía ingresar a territorio norteamericano y debería abordar el siguiente vuelo para regresar inmediatamente a Colombia.

El Servicio de Inmigración, sin embargo, concedió a la periodista la alternativa de apelar la medida y presentarse ante la Corte Suprema de Justicia. Patricia Lara confirmó anoche a EL TIEMPO que hoy se reunirá con un abogado y esperará el juicio.

"Sin embargo, si la situación se prolonga sin definirse más allá del viernes, regresaré a Colombia", dijo.

La agencia de noticias AP, por su parte, dijo haber recibido informaciones en la embajada colombiana, según las cuales el ingreso de la periodista a Estados Unidos había sido negado por frecuentes visitas suyas a Cuba y por escritos sobre las guerrillas del Movimiento 19 de Abril.

Colombia pide explicación
Para aclarar la situación, el embajador de Colombia en Washington, Francisco Posada de la Peña, envió la siguiente nota diplomática al Departamento de Estado:



Patricia Lara

hora Lara fue interrumpida por funcionarios de inmigración de Nueva York.

"La Embajada de Colombia espera una pronta aclaración de estos hechos y se vale de esta oportunidad para reiterar al Departamento de Estado las seguridades de su consideración.

"Embajada de Colombia, Washington, D.C. 14 de octubre de 1986. Cordial saludo, Francisco Posada de la Peña".

Declaración norteamericana

Por su parte, la agregada de prensa de la Embajada de los Estados Unidos en Bogotá, Candice Cunningham, explicó así la situación de la periodista:

"La Embajada ha recibido reportes de que la señora Lara Salive no fue admitida a los Estados Unidos cuando ella llegó al aeropuerto internacional John F. Kennedy el domingo. Nosotros no hemos recibido información del Servicio de Inmigración sobre la razón específica por la cual se le negó la entrada.

Crónicas desde la cárcel (1)

Así fue mi detención

Por PATRICIA LARA
Redactora de EL TIEMPO

NUEVA YORK, 14. — En el número 201 de la calle Varick de Nueva York, parece que hubiera un edificio más. Una puerta de vidrios enormes separa la calle de los amplios pasillos forrados con mármol. Detrás de los corredores, otra puerta comunica con un sórdido patio adornado con rejas. En el patio, un gigantesco ascensor computarizado solo obedece cuando, desde el cuarto piso, le dan la orden. En el ascensor, un guardia llama por teléfono: "Mándenlos el ascensor", dice. El ascensor cierra sus puertas cromadas y, rápidamente, las abre en el cuarto piso de paredes color guayaba y habitaciones separadas con rejas. Detrás de las rejas estoy yo, uniformada con pijama de algodón amarillo, igual a la que tienen mis dos compañeras, una dominicana vendedora de heroína y una jamaicana ladrona de almacenes.

Viaje a Nueva York el domingo, en el vuelo 052 de Avianca, para asistir a la entrega del premio de periodismo María Moors Cabot, otorgado este año al director de "El Mundo" de Medellín, Dario Arizmendi, por la Universidad de Colombia.

Al llegar a medianoche a Nueva York, pasé a inmigración. Dario y Ana se quedaron llenando los formularios de rutina. Una funcionaria uniformada buscó en un libro lleno de nombres colocados por orden alfabético.

El funcionario salía, entraba, consultaba un computador viejo el cual, para pertenecer al gobierno de Estados Unidos, funciona demasiado lentamente.

"Tengo que avisarle a Dario Arizmendi que estoy demorada", dije después.

"Luego lo hará", contestó el tipo.

Pasaban los minutos, incluso las horas. Mientras tanto, yo me soñaba caminando por Greenwich Village, o asistiendo a un concierto de jazz, como lo hice hace seis meses, cuando estuve en Nueva York por última vez.

A las 2 y media de la mañana el hombre me llamó: "¿Ha estado presa alguna vez?", preguntó.

"Nunca", contesté.

Comenzó a requisar mis papeles detenidamente. Retuvo mis carnés: el de profesional de periodista, el de EL TIEMPO, el de "Nueva Frontera", el que tuve cuando me especialicé en periodismo en la Universidad de Colombia y uno que me dieron en Managua cuando fui a cubrir algún evento.

Luego miró la invitación que me envió la Universidad de Colombia, donde dice, en inglés, que el Premio María Moors Cabot se otorga a quienes coadyuvan "al entendimiento y a la libertad de prensa entre los pueblos del hemisferio occidental".

"¿Qué quiere decir eso?", me preguntó el funcionario.

Que si actuaba en política.

"Hago periodismo político", contesté.

Que si había escrito contra el gobierno de Estados Unidos.

"He escrito contra la política de Reagan en Centroamérica. Además, y tal vez no le gustó al gobierno de Estados Unidos, escribí un libro de perfiles de los jefes del M-19, muertos ya", agregué.

El norteamericano tampoco parecía entender.

Finalmente, me informó que mi visa número 020366, múltiple, categoría B1-B2, expedida en París el 8 de julio del 85, vigente hasta el 8 de julio del 90, había sido cancelada por el Departamento de Estado.

Mientras pensaba en que a Gabriel García Márquez no le dejan entrar a Estados Unidos cuando él lo desea, le contesté al funcionario: "Lo que no entiendo es que la embajada norteamericana en Bogotá no me hubiera avisado. Yo fui en agosto a hacerle una entrevista a William Von Raab, jefe de Aduanas de Estados Unidos. Y la jefe de prensa de la embajada sabe dónde conseguirme".

El funcionario no contestó. Dijo, simplemente, que yo tenía dos opciones: irme o asistir a la Corte para dar una declaración.

Le contesté que, como la embajada no me había advertido la cancelación de mi visa, si hacían

entre mi sueño y lumen de la tela por las guardias. Es hora de dormir. Es hora de preguntarle cómo portando.

A las 6 de la tarde la negra e "Es hora de dormir", contestó.

Pedí llamar me dejaron.

Cerca de la mañana me llevaron a la guardería de Pan aeropuerto John F. Kennedy.

Los guardias rmitieron llorar caso al embajador ante Naciones Unidas. Holguín, profesor de la facultad de la Universidad de la Habana, y a Jairo, ministro de Gobierno, pues, me llamó Colombia en Wisco Posada de la Peña, jefe de los guardias, áspero, quien me interrumpió la conversación. El gobierno protestó formalmente.

Incomunicadas las ventanas del salón: ese día, N. gris.

A las 3 de la mañana canos

"Crónicas desde la cárcel (1). Así fue mi detención", publicado en El Tiempo, miércoles 15 de octubre de 1986, pág. 3B.

con uno lo que quieren. Los baños no tenían puertas y había un pabellón con los del Mariel⁵. A mí me tocó con una jamaicana, que no se me olvida nunca, vivía con la televisión a todo volumen, a todas horas porque no resistía el silencio.

'Moncho' Jimeno me mandó un abogado que hizo contacto conmigo muy rápido, Arthur Helton, un tipo de Derechos Humanos, que se encargó de enfocar el problema por el lado de la prensa. Al otro día, Donald Johnston, mi profesor de Columbia, fue al supuesto *hearing* que había, en plan de testimoniar que me conocía, pero el juez no se apareció, a mí tampoco me llevaron y nadie me decía de qué delito me estaban acusando.

Eso le dio la vuelta al mundo, y sonó mucho más en el exterior que aquí. Yo envié crónicas diarias a El Tiempo. Esa parte fue muy divertida, yo llamaba *collect*⁶ a Enrique Santos Castillo, un periodista buenísimo, a quien yo adoraba y que era totalmente de derecha, y le decía que me dejara hacer las crónicas y él me respondía: "Pero no vayas a hablar mal de los Estados Unidos". Entonces, yo le decía: "No, tranquilo, que no voy a hablar mal de los Estados Unidos, sólo voy a contar lo que dan de comida y cómo es que ha pasado todo".

La primera crónica, publicada el 15 de octubre de 1986, la titulé "Así fue mi detención". En ella relataba cómo al llegar al aeropuerto de Nueva York fui retenida.

Una funcionaria uniformada buscó en un libro lleno de nombres colocados por orden alfabético.

Lara Salive Patricia, encontró.

"Siga conmigo", dijo la mujer, quien me obligó a sentarme en un salón contiguo, luego de entregarle mi pasaporte, con mi visa en orden, a otro funcionario de inmigración. Transcurrieron casi 30 minutos.

5. Se refiere a los aproximadamente cien mil inmigrantes cubanos que llegaron a los Estados Unidos desde el 20 de abril de 1980, cuando Fidel Castro se dirigió a su pueblo para informarle que quienes quisieran irse a los Estados Unidos podían hacerlo a través del puerto del Mariel.
6. Las llamadas *collect* de larga distancia son aquellas en las que paga quien recibe la llamada, no quien la hace.

Por razón de seguridad nacional, E.U. revocó la visa a Patricia Lara

Los Estados Unidos reitera ayer que se reservan el derecho de impedir el ingreso a cualquier extranjero cuando su seguridad interna así lo requiera, pero anunciaron que reconsideraría la expulsión de la periodista Patricia Lara, a quien se le revocó la visa el domingo y permanece detenida en Nueva York mientras se le define su situación.

La periodista, por su parte, manifestó en rueda de prensa su tristeza porque se le haya aplicado la Ley de Exclusión, alegó inocencia de los cargos que se le imputan y dijo que sus actividades relacionadas con la inversión y dijo que su único contacto con guerrilleros fueron entrevistas que efectuó en Colombia con dirigentes del M19.

Charles Troy, vocero del Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) de los Estados Unidos, confirmó que ese organismo propone reconsiderar el caso horas antes de producirse la reunión de la Universidad de Colombia en la cual se hará entrega de los premios "María Moors Caballero" a varios periodistas.

SIN, sin embargo, ha mantenido hasta el momento su actitud.

—P: ¿Tiene usted algún comentario sobre la periodista colombiana que fue detenida cuando intentaba ingresar a este país para asistir a cierto tipo de conferencia patrocinada por la Universidad de Colombia?

—R: Creo que se está refiriendo al caso de Patricia Lara Salive. Bajo nuestras leyes de inmigración, es la responsabilidad del Servicio de Inmigración y Naturalización el determinar si se admite o no a un extranjero a los Estados Unidos mediante aplicación para admisión en una frontera o puerto de entrada. Por lo tanto para obtener detalles específicos sobre la negociación de ingreso de Patricia Lara, yo lo remitiría al Servicio de Inmigración y Naturalización.

—P: Según lo que entiendo a ellas se le impidió ingresar por actividades relacionadas con comunismo y terrorismo. ¿Tiene usted algún otro detalle sobre esto?

—R: Nosotros anulamos su visa por inelegibilidad bajo la sección 212 (a) (29) del Acta de Inmigración y Nacionalidad, y eso comprende una variedad de actividades que hacen de alguien inelegible. Pero teniendo en cuenta



Patricia Lara

versiva en contra de la seguridad nacional.

b) Involucrarse en cualquier actividad cuyo objeto fuese el control o derrocamiento del gobierno de los Estados Unidos por fuerza o violencia o,

c) Unirse o participar en cualquier actividad de organizaciones subversivas.

"Soy inocente": Lara

Por su parte, la periodista Patricia Lara, durante rueda de prensa con una veintena de reporteros de Nueva York, se mostró "extranada por los motivos por los cuales el gobierno norteamericano me aplicó la Ley de Exclusión Max Carren Walter No. 235C, que versa sobre personas con antecedentes comunis-

Crónicas desde la cárcel (2)

Cómo se entra a una cárcel en EE. UU.

Por PATRICIA LARA

NUEVA YORK, 15. — En el cuarto piso del edificio número 201 de la calle Varick, una reja electrónica abre las puertas de la prisión. Me recibe la señorita Saccalamano, una norteamericana de origen italiano que lleva un uniforme verde olivo que le aprieta su inimaginable cantidad de grasa.

Frunciendo su ceño joven, la gorda Saccalamano me entrega el reglamento, requisa mi maleta, me toma cuatro fotografías y me pide que ingiera la comida que, sobre una bandeja de icopor, a las 5 de la tarde, acaban de traer: la carne, baja de sal, revuelta con verduras indefinibles, el coliflor hervido, y las pelotas pegachentas de arroz son imposibles de pasar. A pesar de un hambre inmensa por almuerso reprimido, solo como dos tajadas de compán.

Luego de "cenar", la guardiana Saccalamano requisa mi cartera. Examina mi libreta telefónica. Mira mis papeles. No entiende español. Me pide que le entregue el dinero. Le digo que debe darme un recibo. Me lo da.

Una supervisora amable, Carmen Ortiz, puertorriqueña, con un nivel cultural superior al de todos los guardianes y guardianas a quienes he conocido durante mis horas de prisión, me explica que, como no se sabe qué gente está en las celdas, está prohibido llevar más de 20 dólares consigo.

La señorita Saccalamano me pide que saque de mi maleta dos mudas de ropa interior, un par de zapatos y un par de medias. Me dice que no puedo

yo los utilice como arma. Me despoja de uñas y de mi lima de metal.

Me entrega una toalla y un juego de ordena banarme. Respondo que ya no ordena Ortiz, la supervisora amable (tíenme explica que es mi obligación hacer entrar a la cárcel, supongo que para que Carmen agregue que, al lavarme la cabeza, Carmen agrega que, al lavarme la cabeza, pide que los piojos se mezclen con el

Me llevan al baño: los inodoros no tas que garantizan el derecho a la prlavo la cabeza con el líquido antipio delante de la gorda Saccalamano. Me uniforme de algodón amarillo. Me pel Sin espejo, no me aplico la pestañina bial. Me llevan a la enfermería. Retien dios que, hace seis meses, me formu York el endocrinólogo Joseph Green tregan un recibo. Advierto que debo l medios todas las mañanas. Me obligat formulario con mi historia clínica, contra tuberculosis. Me llevan a la que me permitan hablar por teléfono embajador en Washington. Solo pued cobro revertido. El embajador Posad acepta pagar mi llamada. Me informi partamento de Estado considera que peligro los intereses de Estados Unid

Me sonrío. Me llevan a la celda. C compañeras: una amable dominicana de heroína y una ladrona jamaquina

"Crónicas desde la cárcel (2). Cómo se entra a una cárcel en EE. UU.", publicado en El Tiempo, jueves 16 de octubre de 1986, pág. 7B.

"¿Qué pasa?", pregunté.

"Estamos averiguando. Usted será la primera en saberlo", respondió el hombre que tomó mis documentos.

El funcionario salía, entraba, consultaba un computador viejo el cual, para pertenecer al gobierno de Estados Unidos, funcionaba demasiado lentamente.

[...]

Pasaban los minutos, incluso las horas. Mientras tanto, yo me soñaba caminando por Greenwich Village, o asistiendo a un concierto de jazz, como lo hice hace seis meses, cuando estuve en Nueva York por última vez.

A las 2 y media de la mañana el hombre me llamó: "¿Ha estado presa alguna vez?", preguntó.

"Nunca", le contesté.

[...]

Luego me preguntó si yo había pertenecido a algún partido.

"Al Liberal", le dije.

Que si actuaba en política.

"Hago periodismo político", contesté.

Que si había escrito contra el gobierno de Estados Unidos.

"He escrito contra la política de Reagan en Centroamérica. Además, y tal vez no le gustó al gobierno de Estados Unidos, escribí un libro de perfiles de los jefes del M-19, muertos ya", agregué.

El norteamericano tampoco parecía entender.

Finalmente, me informó que mi visa número 020366, múltiple, categoría B1-B2, expedida en París el 8 de julio del 85, vigente hasta el 8 de julio del 90, había sido cancelada por el Departamento de Estado.

Mientras pensaba en que a Gabriel García Márquez no lo dejan entrar a Estados Unidos cuando él lo desea, le contesté al funcionario: "Lo que

no entiendo es que la embajada norteamericana en Bogotá no me hubiera avisado. Yo fui en agosto a hacerle una entrevista a William Von Raab, jefe de Aduanas de Estados Unidos. Y la jefe de prensa de la embajada sabe dónde conseguirme.

El funcionario no contestó. Dijo, simplemente, que yo tenía dos opciones: irme o asistir a la Corte para dar una declaración.

Le contesté que, como la embajada no me había advertido la cancelación de mi visa, si hacían que me devolviera, el gobierno de Estados Unidos, en justicia, debería pagar el pasaje, el cual, además, era de primera clase. Le agregué que, como periodista, escogía la opción de quedarme y concurrir a la Corte.

“Cómo se entra a una cárcel en EE. UU.” fue la segunda crónica que escribí y que se publicó el jueves 16 de octubre de 1986.

En el cuarto piso del edificio número 201 de la calle Varick, una reja electrónica abre las puertas de la prisión. Me recibe la señorita Saccalamano, una norteamericana de origen italiano que lleva un uniforme verde olivo que le aprieta su inimaginable cantidad de grasa. Frunciendo su ceño joven, la gorda Saccalamano me entrega el reglamento, requisa mi maleta, me toma cuatro fotografías y me pide que ingiera la comida que, sobre una bandeja de icopor, a las 5 de la tarde, acaban de traer: la carne, baja de sal, revuelta con verduras indefinibles, el coliflor hervido, y las pelotas pegachentas de arroz son imposibles de pasar. A pesar de un hambre inmensa por el almuerzo reprimido, sólo como dos tajadas de comapán.

[...]

Pido que me permitan hablar por teléfono con nuestro embajador en Washington. Sólo puedo llamar con cobro revertido. El embajador Posada de la Peña acepta pagar mi llamada. Me informa que el Departamento de Estado considera que yo pongo en peligro los intereses de Estados Unidos.

Me sonrío. Me llevan a la celda. Conozco a mis compañeras: una amable dominicana vendedora de heroína y una ladrona jamaicana quien, permanentemente, pronunciaba palabras soeces.

Le digo a la guardiana que quiero ver la charla televisada del presidente Reagan. Responde que eso depende de mis compañeras de celda. Ellas aceptan. Escucho al presidente Reagan pidiéndoles a sus compatriotas que recen porque haya un mundo donde reinen la paz y la libertad.

El día de la entrega del premio, que transmitió la CBS, dejaron vacía la silla en la que yo me iba a sentar y la iluminaron con un reflector. Fue un gran escándalo porque un episodio similar acababa de ocurrir en la Unión Soviética, cuando el periodista norteamericano Nicolás Daniloff fue detenido en Moscú. La prensa gringa había sido muy crítica con la forma como los rusos coartaban la libertad de expresión y la prensa libre, y ahora ellos hacían lo mismo conmigo. Mi abogado organizó una rueda de prensa en la cárcel de inmigración a la que fueron todos los medios. Ahí salí con el uniforme de presa, que era una pijama amarilla, y dije:

Estoy extrañada por los motivos por los cuales el gobierno norteamericano me aplicó la Ley de Exclusión McCarran-Walter Act No. 235C, que versa sobre personas con antecedentes comunistas y de guerrilla, a quienes les está prohibido ingresar a territorio de los Estados

Expulsada Patricia Lara de E.U.

(Viene de la página 1A.)

Por su parte, el rector de la Universidad de Columbia, Michael Sovern, dijo hoy que la detención de la visitante al dominicano por presuntas actividades subversivas, es una afrenta a la libertad. "Parece que Patricia Lara fue detenida por algo que hizo y no por algo que ha hecho", dijo Sovern. "Eso es una afrenta a la sociedad libre".

La periodista de 35 años, copresidenta del prestigioso diario colombiano EL TIEMPO, no recibió autorización para entrar al país al llegar el domingo al aeropuerto Kennedy de Nueva York. Su nombre apareció en el registro de sospechosos del Servicio de Inmigración y Naturalización, que implica que es temporalmente excluido del país de acuerdo con una ley que se aplica a sospechosos de actividades terroristas, subversivas o terroristas, dijo el vocero de la agencia Charles Troy.

"Completamente cumplimos nuestra responsabilidad de hacer cumplir la ley", declaró Troy. "No tenemos nada personal contra la señorita Lara".

El director regional en funciones del SIN, Michael Mosbata, firmó esta tarde una orden de deportación contra la visitante, agregó Troy. La periodista que permanecía en el Centro Correccional de Manhattan, Nueva York por invitación de la Escuela de Periodismo de la ciudad, para la entrega de los

premios de periodismo Maria Moors Cabot, que se entregan esta noche.

Los premios se entregan a periodistas que hacen contribuciones distinguidas a la comprensión interamericana y a la libertad de información.

Lara no estaba empero incluida entre los periodistas premiados. "Confiamos en que la dejen en libertad a tiempo para asistir al banquete de esta noche", dijo el vocero de Columbia, Fred Knubel, quien agregó que la señorita Lara se graduó en la escuela universitaria en 1980.

En una entrevista publicada ayer, la periodista dijo que había escrito artículos en contra de la política norteamericana en Centroamérica y había escrito en un libro las biografías de tres dirigentes del grupo guerrillero colombiano M-19.

"Quizás a ellos (los funcionarios norteamericanos) no les gustó mi libro", dijo Lara. "La última vez que estuve aquí de vacaciones, en marzo y abril, no hubo problemas".

Ni el Departamento de Estado ni el Servicio de Inmigración accedieron a comentar acerca de la información específica del gobierno norteamericano sobre las actividades de la periodista.

Nueva nota al Departamento de Estado
La embajada de Colombia saludó atentamente al Departamento de Estado y se permite insistir nuevamente en el caso de la periodista colombiana Patricia Lara al cual hizo referencia en la nota diplomática No. 1237/E-0967 del 14 de octubre de 1986.

Al cónsul de Colombia en Nueva York le fue negado ayer el derecho a entrevistarse con la periodista Lara y los funcionarios del Departamento de Inmigración se han negado a suministrar información sobre su caso.

El consulado fue informado que la periodista Lara ya no se encuentra en el sitio donde originalmente fue recluida y los funcionarios de Inmigración no quisieron revelar el lugar al cual fue enviada. Extraoficialmente se sabe que se encuentra en el Centro Correccional Metropolitano de Nueva York, un lugar para delinquentes comunes. Allí ni confirman ni niegan dicha versión.

Estos hechos preocupan profundamente a esta embajada y es por ello por lo que reitera su solicitud para obtener del Departamento de Estado una explicación sobre los mismos.

Embajada de Colombia. Atento saludo, Francisco Posada de la Peña, Embajada de Colombia, Washington.

"Quieren doblegarme psicológicamente"

NEUEVA YORK, 16. (Por Patricia Lara). — Desde ayer tarde estoy viviendo un sueño de pesadilla, luego de conceder una rueda de prensa y de dictar telefónicamente mi crónica para EL TIEMPO. Ordinariamente fui trasladada a la cárcel federal situada en la Calle Barry... No. 1-50; me encuentro en la celda de castigo del pabellón 5 sur de ese establecimiento. Me trajeron aquí sin que nadie me explicara por qué.

Me tienen encerrada con llave entre un cuarto diminuto sin acceso a la zona social del pabellón, sin haber podido conversar con las otras colombianas detenidas (quienes, según dicen, y a juzgar por lo que me sucede a mí, deben estar padeciendo injusticias), y sin haber podido, hasta las 11 a.m., luego de las 17 horas de estar en este lugar, comunicarle mi situación al embajador de Colombia.

Solo en la mañana de hoy he podido hablar con mi abogado, el señor supervisor de esta cárcel, un norteamericano de color, de apellido Robinson, a quien se le ve en la cara que es incapaz de amar. Me recibí casi a los gritos, me quitó los periódicos, me despojó del bolígrafo y la mayor parte de mis fósforos, pretendió obligarme a firmar sin leer unos formularios. Aburrida de oír sus gritos y alzándole la voz, le dije que nadie podía obligarme a firmar papeles que yo no había leído. Entonces el supervisor Robinson se enfureció y me gritó palabras soeces y me envió para la celda de castigo.

Es evidente que tiene órdenes de actuar de esta manera, porque quieren doblegarme psicológicamente. Quizás les parece que cometo un delito al dar mis impresiones a la prensa o al escribir las yo para EL TIEMPO; desean silenciarme. Solo si cometen el delito de impedirme hablar con mi abogado, quizás lo logren. Pero no podrán hacer que yo deje de pensar en todo lo anterior y solicitaré la intervención oficial del Gobierno de Colombia y de la Procuraduría General de mi país. En este caso, un funcionario del Gobierno de los Estados Unidos y el supervisor Robinson estarían irrespetando a Colombia y estarían actuando contra los derechos humanos de una colombiana que legalmente utilizó su visa para entrar a EE.UU., pero quien fue detenida en la inmigración del aeropuerto sin que se supiera por qué.



Patricia Lara

"Expulsada Patricia Lara de Estados Unidos", publicado en El Tiempo, viernes 17 de octubre de 1986, pág. 11A.

Unidos. Mi único contacto con guerrilleros colombianos han sido las entrevistas con los miembros del M-19, Jaime Bateman, Carlos Toledo Plata y Antonio Navarro Wolf, para publicar el libro Siembra vientos y recogerás tempestades.

Mi trabajo como reportera en Colombia me ha llevado a realizar reportajes sobre Cuba y Nicaragua; en ellos he manifestado no estar de acuerdo con la política norteamericana en Centroamérica, pero de ahí a ser una abierta enemiga del régimen norteamericano hay mucha distancia y por eso preferí quedarme para aclarar mi situación, porque siempre he creído que en los Estados Unidos existe la libertad.

Cuando se acabó la rueda de prensa, Helton me dijo: "Espéreme, ya vengo para que me firmes el poder". En ese momento me trasladaron a una cárcel de delinquentes comunes. ¡Terrible! Ahí sí me dio miedo. Yo pensaba: "Estos hijuemadres me desaparecieron", porque nadie sabía dónde estaba yo, ni siquiera el abogado y yo no le había alcanzado a firmar el poder. Me mandaron al Metropolitan Correctional Center, por allá en el *downtown* de Nueva York, y como el caso había salido tanto por los medios, cuando llegué, las presas, que en su gran mayoría eran mulas, me recibieron con aplausos y fueron muy solidarias.

Me incomunicaron en una celda de castigo, que tenía uno por dos metros. "Esos cinco días fueron para mí una experiencia muy interesante, sobre todo porque conocí el mundo de las colombianas detenidas en los Estados Unidos. A mí me incomunicaron porque ellas me estaban pasando sus historias y no querían que yo tuviera contacto alguno con ese tipo de problemática. Fue algo complicado"⁷. Yo lo único que pensaba era cómo romper la incomunicación y lo que hice fue escribir papelititos, porque papel y lápiz sí tenía, y se los pasaba por debajo de las

7. Mosca, óp. cit., pág. 21.



Al regreso de los Estados Unidos, sin visa. Publicada en Cambio, 28 de diciembre de 1998, núms. 289-290, pág. 19.

puertas a las colombianas con el dato de que llamaran a Helton y le informaran dónde estaba yo.

Cuando Helton me localizó, quedé un poco más tranquila. Yo ya no podía hacer mis crónicas por teléfono, sino que escribía unos comunicados que las presas le hacían llegar a Helton y él se las entregaba a Darío Arismendi, quien las leía para Yamid Amat, en la radio colombiana. “Quieren doblegarme psicológicamente” fue la tercera y última crónica.

El señor supervisor de esta cárcel, un norteamericano de color, de apellido Robinson, a quien se le ve en la cara que es incapaz de amar, me recibió casi a los gritos, me quitó los periódicos, me despojó del bolígrafo y la mayor parte de mis fósforos, pretendió obligarme a firmar sin leer unos formularios. Aburrida de oír sus gritos y alzándole la voz, le dije que nadie podía obligarme a firmar papeles que yo no había leído. Entonces el supervisor Robinson se enfureció y me gritó palabras soeces y me envió para la celda de castigo. Es evidente que tiene órdenes de actuar de esta manera, porque quieren doblegarme psicológicamente. Quizás les parece que cometo un delito al dar mis impresiones a la prensa o al escribirlas yo para El Tiempo; desean silenciarme.

Ahí estuve durante dos días, hasta que me sacaron por la presión internacional y la de Enrique Santos Calderón, que pedían al gobierno de los Estados Unidos que si tenía algo en mi contra, lo dijera y me acusara oficialmente. Los del FBI me sacaron de ahí esposada, en un carro hasta la puerta del avión, eso fue una cosa muy impresionante. Cuando me subí al avión, la tripulación de Avianca me recibió con aplausos, con champaña, viajé en primera clase. Un contraste total. El avión hizo escala en Barranquilla y yo me asomé a las escaleras y vi que habían organizado una manifestación pública, la cosa más divina, espectacular y espontánea del mundo. Cuando llegamos a Bogotá, mi mamá estaba esperándome en



Con Alfonso Gómez Méndez y su hija María.

el aeropuerto. Realmente me sorprendió, pues siendo ella una señora tan aristócrata, fue muy solidaria.

Regresar no fue la solución del problema en el que yo estaba. En primer lugar, habían empezado a funcionar los Escuadrones de la muerte, los de Castaño, que en esa época eran fantasmas; y aún así, hacían correr la sangre de todo el mundo. En segundo lugar, hubo elecciones de Congreso en los Estados Unidos, y el lío seguía y seguía, y Reagan, que era el presidente, perdió como dos puntos en las encuestas; entonces el Subsecretario de Estado para América Latina, Elliott Abrams, un tipo terrible, resolvió acusarme en *60 Minutes*, de la CBS, de que yo había incendiado el Palacio de Justicia y de que yo era una terrorista, eso, en este país, era peligrosísimo. Empecé a vivir casi clandestinamente en las casas de amigos, escondiéndome de quién sabe quién. Estuve en las listas de amenazados a muerte de 1987, en la misma en la que estaba el papá de Héctor Abad y Pardo Leal, entre muchos otros.

Cuando Abrams me acusó y la situación se puso tan complicada, yo le dije a 'Yiyo' García Márquez que necesitaba al abogado que había defendido a Gabo del rollo con los militares, cuando le tocó asilarse en México. Éste era Alfonso Gómez Méndez, y él lo que hizo fue apoyar desde aquí a Helton, mi abogado en los Estados Unidos, porque la pelea era allá. Por esos días, a mi mamá le dio cáncer de pulmón. Fue otra época muy dura, la cárcel fue en octubre y a mi mamá la diagnosticaron en febrero. Yo me dediqué a ella hasta septiembre 30 de 1987, cuando murió.

Al poco tiempo de que contacté a Alfonso, iniciamos una relación de pareja y en marzo de 1989 me casé con él y quedé esperando a María, mi segunda hija.

En esa época, Virgilio Barco era presidente de Colombia y muy amigo mío, pues yo había sido su suplente en el Concejo de Bogotá. Él hizo una cosa que fue muy importante para todo el proceso: me nombró embajadora en la ONU. Era una de



Con Daniel Samper, Darío Restrepo y Juan Tomás de Salas. Publicada en *Cambio*, 28 de diciembre de 1998, núms. 289-290, pág. 20.

esas embajadas que duran tres meses para la Asamblea General. Barco era un liberal de verdad y se la jugaba por principios liberales; por supuesto, eso fue un rollo con Estados Unidos. A mí me dieron una visa igual a la que le daban a los miembros de las FARC y a Fidel Castro; con esa podía moverme solamente en Nueva York.

Helton lideró esa pelea con Estados Unidos, que fue muy importante porque tumbamos una ley que se llamaba McCarran-Walter Act, la misma que por razones ideológicas prohibía el ingreso de la gente a territorio estadounidense. Era la que le impedía ir a García Márquez y a Antonio Caballero. Pero, eso aquí ni siquiera se supo, aunque fue muy importante. Yo demandé a los Estados Unidos por diez millones de dólares, pero la embajada planteó una solución: que yo depusiera la demanda y ellos me devolvían la visa, y así lo hice. Mucha gente me preguntaba porqué no seguía o me decían: ¡Qué burra! Pero fue un alivio porque yo me sentía luchando contra el universo, contra una montaña al pelear contra los Estados Unidos y viviendo en un país supremamente peligroso donde cualquiera podía pegarle a uno un tiro.

El fin de ese episodio coincide con el nacimiento de María, a quien me dediqué en cuerpo y alma. En 1991 nombran a Alfonso embajador en Viena y Federico, mi tercer y último hijo, nace allá. Para mí, la experiencia de haber sido la esposa de un embajador fue exactamente lo mismo que ser muchacha de servicio de altísima categoría. Alfonso llevaba huéspedes y perdíamos completamente la privacidad de la familia. Había que atenderlos, prepararles pasabocas, estar pendiente de ellos. A mí no me parecía rico porque yo tengo mi vida propia, mis intereses y a mí no es que me guste la gente, me gustan mis amigos, pero no la gente en general y me llegaban otros diplomáticos con sus esposas, que eran unas señoras que no habla-

ban inglés, mucho menos alemán, y que no eran capaces de hacer nada por sí mismas. Lo que sí recuerdo con mucho cariño de esa época era que los niños estaban chiquitos y yo me la pasaba con ellos en los parques, dándole comida a las palomitas y a los patos.

Cuando Federico tenía como un año y medio y ya se estaba terminando la embajada

salió la noticia de que Juan Tomás de Salas y Daniel Samper estaban interesados en hacer una revista en Colombia y que habían fracasado algunas negociaciones que tenían, llamé a Daniel a España a decirle que a mí me interesaba el asunto. Comenzamos a armar un muñeco que quedó estructuralmente mal armado por una sola razón: Juan Tomás había fundado una sociedad que se llamaba Inrevisa América, sin dinero, y le había pedido al industrial y banquero venezolano Nelson Mezerhane, a quien yo aprendí a admirar y a querer, que se asociara con él. Así pues, Mezerhane capitalizó a Inrevisa América con plata contante y sonante, y Juan Tomás capitalizó las pérdidas de la revista Cambio16 América que había iniciado en algunos países. Esa sociedad tuvo el 51 por ciento de Inrevisa Colombia, que es la sociedad editora de Cambio. Yo puse el capital del 40 por ciento y otros socios pequeños pusieron el resto. Después, quizá por esa actitud imperial de los españoles, Juan Tomás no nombró en la junta a los venezolanos, lo que les provocó una molestia muy grande. Ellos tenían un acuerdo según el cual toda decisión se tomaría contando con su voto
[...]

Mezerhane presionó un cambio en la junta, y entonces Juan Tomás quedó con dos miembros, yo con otros dos y los venezolanos con uno. Poco después se produjo el primer intento de sacarme. A mí me apoyaron los venezolanos que dijeron “un momentico, Patricia no se va de la presidencia de la Junta. Digan qué ha hecho mal como para proceder de esa manera”. El hecho es que el espíritu imperial de Juan Tomás unió poco a poco a los latinoamericanos, de la misma forma en que los unió en la época de la independencia, y se armó entre nosotros una alianza muy sólida con la cual conformamos una mayoría. Ese hecho generó una crisis interna. Vino entonces una asamblea dramática en la que Juan Tomás quiso acabar conmigo. Pero no contaba con que los venezolanos estarían presentes. Nosotros le hicimos una sola pregunta: “¿A quién representa usted?”. Él nos contestó: “A Inrevisa América”. “¿Y dónde está el poder?”, dijimos. “Yo soy el órgano”, decía enfurecido. No lo tenía. No existía un acta que autorizara su representación. Entonces, como no representaba a nadie, la asamblea no tuvo quórum. Inrevisa América se escindió, los venezolanos se quedaron con la parte de las acciones de la compañía en Colombia y después me las vendieron a mí en un negocio que no tuvo garantía distinta de la palabra de Mezerhane y la mía durante ocho meses. Eso, que involucró a amigos de Juan Tomás como Daniel Samper, generó un escándalo público en el que me quedé absolutamente sola.
[...]

Darío Restrepo era el director de Cambio que pusieron ellos. Eso determinó que tuviera una relación muy tensa conmigo. Para evitar roces con él, en la junta en la que no me pudieron sacar les dije: “Miren, hagamos una cosa: yo debo arreglar una bodega donde tengo los trasteos de todos mis ancestros. Me voy a arreglarla y después vuelvo”. Y



Con Gabo, cubierta de la revista Cambio, 28 de diciembre de 1998, núms. 289-290.

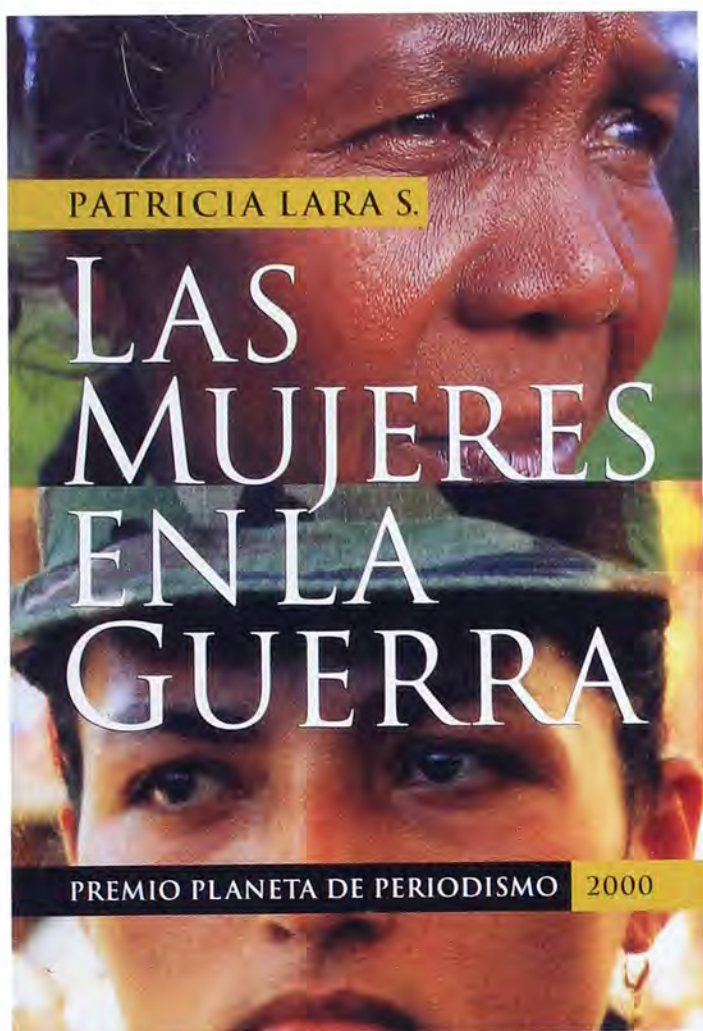
así lo hice. A finales de 1994, me dediqué a mi bodega, lo que me representó una especie de psicoanálisis acelerado. Allí estaban las fotos del primer novio, los testamentos, las bufandas de mi papá, todo. Yo lloraba, me reía, volvía a llorar... Bueno, en el arreglo duré cerca de dos meses. Al mismo tiempo estudié cocina y saqué mi diploma de cordon blue.

[...]

Fue una época muy dura porque se trataba de hacer la empresa luchando contra unos titanes, unos peleadores tenaces. En algún momento Juan Tomás anunció: "Esto se va a resolver a la española", y a la española es con masacre total. Pero no. Con nadadito de perro seguimos adelante⁸.

Esa asociación fue muy complicada, como son de complicadas las asociaciones con empresas extranjeras y pulpos internacionales. El hecho es que Juan Tomás quería succionar todos los recursos de Colombia para solucionar su quiebra en España, que era tan gigantesca que Juan acabó entregando todo Cambio 16 por una peseta. Entonces, Mezerhane le compró a Juan y después yo le compré al venezolano y seguí con Cambio un poco de tiempo más, hasta cuando ya el tema financiero era durísimo y le vendí la revista a Gabo. Durante todo ese proceso, la relación con Daniel Samper se deterioró muchísimo y terminó mal. Él es un periodista a quien yo admiro mucho, es capaz de reemplazar a una redacción ente-

8. *Ibíd.*, pág. 24.



Las mujeres en la guerra.

ra, hace desde caricatura hasta editorial, pasando por crónica. Yo quise a Cambio como una mamá quiere a un hijo y creo que Daniel también la quiso como si fuera el papá, y la pelea fue a muerte, era comparable a las que tienen las parejas para definir quién se queda con los hijos. Finalmente la gané, y a él, por supuesto, nunca le gustó eso.

A lo largo de esos años, el trabajo periodístico fue maravilloso. Desde el nacimiento de la revista, Gabo fue un gran apoyo, él editaba textos desde México porque era muy amigo mío y 'Yiyo' era mi consejero editorial. Los consejos de redacción eran muy democráticos, yo creo que era un medio bastante liberal, donde la libertad de los periodistas era muy grande. Fue una escuela para muchos, yo recuerdo con mucho cariño a todo el equipo. Entre los pupilos estuvieron Andrés Grillo, Armando Neira, Alejandra Vengoechea, Andrea Barela, Nelson Fredy Padilla y, entre los duros, sin duda, Rafael Baena y Eduardo Arias. Primero hacíamos el consejo de redacción y luego nos reuníamos individualmente con cada periodista y el fotógrafo para preparar el tema, las fuentes, el proceso de investigación. Luego ya venía el artículo escrito y la edición, que era todo un proceso: les subía cosas, les bajaba otras y ubicábamos los vacíos que había.

Yo creo que el oficio del periodismo, al que yo me dediqué, se relaciona directamente con una faceta de la personalidad de mi padre, porque él era un tipo supremamente preguntón. Íbamos de paseo a cualquier parte, de aquí a Girardot,

por ejemplo, y parábamos diez mil veces en cada tienda y cada restaurante donde vendían achiras y viudo de pescado, y él interrogaba a las señoras que cocinaban y vendían, les preguntaba la vida y se enteraba de absolutamente todo. Es que, al final, los periodistas somos espías de la realidad, de lo que pasa; por eso tenemos la ventaja de que no nos aburrirnos nunca, porque todos los días nos interesan cosas distintas.

La gran dificultad está, por supuesto, en cómo contamos aquello que espiamos. Para mí, el éxito de un reportaje está en que se lea como una novela, que sea un cuento bien contado. En Cambio tratábamos de privilegiar siempre al reportaje, algo que tenía una relación directa con la insistencia de García Márquez en que éste es el género de géneros. En una ocasión ganamos el Premio Nacional del Círculo de Periodistas de Bogotá, por uno que hicimos sobre droga, para el que yo básicamente me interné en una clínica de adictos, fue muy intenso y muy duro. También recuerdo muy bien una investigación acerca de porqué la violencia, que hicimos a dos manos con ‘Yiyo’ García Márquez y que acompañamos con una encuesta que hizo Carlos Lemoine, del Centro Nacional de Consultoría, y que revelaba que el maltrato era uno de los principales detonantes de las conductas violentas. Luego publicamos lo primero que salió a la luz pública del Proceso 8000, que fue el rollo de las camisetas impresas en una empresa de los Rodríguez Orejuela.

Sin embargo, muchos de los espías de la realidad terminan siendo también escritores; es decir, nunca dejan de espiar la cotidianidad y se vuelven espías de la vida. Eso les permite escribir conectados con la realidad, no desde sus torres de marfil. A la espía que hay en mí le han interesado siempre los seres humanos. Somos una mina, estamos repletos de ambivalencias, nos forman pequeñas piezas y partes que se revelan individual y permanentemente. Creo que en mi segundo libro, *Las mujeres en la guerra*, está esa periodista, que es un poco psiquiatra, pues lo que hace es dejar que todas estas mujeres hablen sin sentirse juzgadas, ahí mi actitud no es inquisidora, de preguntar, acusar y censurar, sino de hacer introspección psicológica: meterse dentro de la psiquis de la gente y eso lo aprendí, básicamente, haciendo yo misma psicoanálisis.

Escribir ese libro fue una experiencia muy dura. Cambié de personalidad cada quince días, pues escribí los relatos en primera persona y algún aspecto de cada una de ellas me afectó de manera distinta: el hambre y la carencia de Margarita, la historia de la secuestrada y la hija —porque me identifiqué mucho con María, mi niña—, el de la desplazada que deja todo botado y sale corriendo y me afectó enormemente el de la mamá de los Pizarro. El relato de María Eugenia, en el que ella está enamorada de un hombre que a su vez está enamorado del poder, y no de ella, no sólo me identificó, sino que me llenó de satisfacción. Cuando lo terminé se lo envié, luego me llamó muy emocionada y me dijo: “Yo nunca me había oído hablando así”. Puede que no hayan sido sus palabras textuales, pero sí sus sentimientos y su emoción. Y eso era, precisamente, lo que yo quería: asumir sus voces, su forma de hablar, me metía tanto en su yo interior que me volvía ellas por ese tiempo.

La tesis de ese libro es que las mujeres no estamos hechas para la guerra, lo cual concuerda con la estadística —ya vieja, pero no creo que haya cambiado mucho—, que muestra que aproximadamente un noventa por ciento de las muertes violentas de Colombia son de hombres, porque tienen mucha más propensión a involucrarse en hechos violentos.



Amor enemigo.

Después de *Mujeres en la guerra* seguía todavía obsesionada con la pregunta: ¿Por qué los hombres se van a la guerra? Tenía una hipótesis, que venía de una entrevista que le hicimos con ‘Yiyo’, a Otto y Paulina Kernberg, unos psicoanalistas muy famosos, que vinieron a Colombia a un encuentro de psiquiatría, y nos explicaron que la gente que opta por la violencia es aquella que en la infancia ha sufrido maltrato físico, psicológico y sexual. A partir de ahí, siempre tuve el interés de comprobar mediante el reportaje esa afirmación. Conocía tres o cuatro historias de amor entre figuras destacadas del ejército, la guerrilla y los paramilitares, y con eso armé mi primera novela, *Amor enemigo* y di el salto a la literatura. Fue una experiencia fascinante, una aventura espectacular por la mezcla de reportaje, crónica e interiorización.

Así suene raro lo que estoy diciendo, me di cuenta de que uno puede decir mucho más la verdad en la ficción que en el periodismo, por la sencilla razón de que a veces llega uno a cosas que simplemente no puede decir, porque son verdades muy profundas que parecería que forman parte del terreno de la suposición, pues son aspectos que no se pueden probar mediante escritura pública, pero que realmente componen la verdad última de las cosas, entre ellos: las contradicciones del ser humano, que se pueden manejar divinamente en la ficción; en cambio, en el periodismo es muy difícil.

Por ejemplo, el dolor de espalda que sufre Mileidi, la protagonista de *Amor enemigo*, es un dolor real y muy específico que yo sufro en la paleta izquierda. Lo



Hilo de sangre azul.

llamo el *dolor del abandono*, que me da cuando alguien se va, se ha muerto, hay un duelo o un abandono... Luego, mi psicoanalista me contaba que tocando determinados puntos en la espalda, se desatan procesos inconscientes, como si el inconsciente estuviera en la espalda. Y fue algo intuitivo, la literatura es muy intuitiva.

Mi hija María es mi editora. Ella me va leyendo, conversamos y me hace sugerencias. A pesar de eso, me muero del susto cuando publico, siempre tengo la seguridad total de que eso es una mierda. En ese sentido, me hace mucha falta 'Yiyo', que era mi lector. Nunca me corregía, pero conversábamos y me hacía caer en cuenta de que algo no funcionaba bien. Los proyectos de libros que tengo actualmente ya no son de violencia, quedé exorcizada porque *Amor enemigo* es muy violento, tiene unos episodios muy terribles.

Mi más reciente creación es *Hilo de sangre azul* (2009), una novela de ficción, en la que hago un retrato de lo variado que resulta el estrato seis, sus tejemanejes, las diversas dinámicas, los modos de relacionarse y de tratarse que se dan entre las personas adineradas. La anécdota de la que partí para desentrañar ese mundo es la que vive la protagonista, Sara Yunus, quien al llegar una noche a su apartamento, se da cuenta de que hay un hilo de sangre que se escurre desde el apartamento 201. El fallecido es el financista Pedro Ospina, quien yace en el suelo con un arma en las manos y un disparo en la cabeza... De aquí en adelante vendrán otras apuestas literarias.

A mediados del primer semestre de 2006 me lancé a la vicepresidencia de Colombia. Carlos Gaviria era el candidato a la presidencia por el Polo Democrático Alternativo y una noche llegó a mi casa, me propuso la idea y no dudé mucho. En la campaña me comprometí con el tema de género: la discriminación salarial de la mujer, las madres cabeza de familia y el hecho de que el desplazamiento recae fundamentalmente sobre las mujeres, y aún así, las oportunidades de empleo y de salario son muy inferiores en relación con las de los hombres.

Accedí porque me parecía muy importante ayudar a consolidar un proyecto de oposición ya que ese unanimismo que había en ese momento me parecía terrible. Ahora, las encuestas marcan lo mismo que antes, pero uno siente que el unanimismo se está comenzando a resquebrajar. Por otro lado, la posibilidad de hacer inmersión en la realidad colombiana durante dos meses de campaña intensa me parecía muy interesante. Aunque confieso que acepté porque sabía que el Polo no iba a ganar, yo me siento incapaz de ser vicepresidente de la república por la sencilla razón de que no tengo la personalidad que se requiere para ser político: no tengo necesidad de aplausos, y eso quiere decir que no estoy dispuesta a aguantarme lo que aguantan los políticos para recibir los elogios y los aplausos.

Siempre he dicho que no son dos, sino tres géneros los que pueblan la tierra: la mujer, el hombre y el político, o al menos una buena parte de ellos, pues su filosofía de la vida se resume en una sola frase: “Es bueno lo que me es útil”. Yo, definitivamente, no pertenezco a ese género porque para ellos los votos representan utilidad, los votos conducen al poder político y a mí no me interesa el poder, sino la política macro, pues si uno la conoce puede saber a quién se beneficia y cómo se distribuye el presupuesto que es, al final, el que determina el perfil político de un gobierno.

En ese sentido, *El otoño del patriarca* fue un libro que me marcó definitivamente por la radiografía que hace del poder; de lo ridículo que puede llegar a ser y de la importancia de que el poderoso no se trague la carreta del poder en sí mismo, porque termina buscándolo a toda hora y se hace un ser muy frágil. Además, no estoy dispuesta a sacrificar mi vida privada por el poder; por ejemplo, al político no le importa que lo llamen a las cinco de la mañana a decirle que tiene que irse a Caparrapí porque va a conseguir un votico. Ese fue uno de los motivos que terminó mi relación con Alfonso, el sacrificio que implicaba su carrera política frente a su vida privada, una situación que se hacía más difícil teniendo hijos.

Y a mí, realmente, lo único que me interesa es que mis hijos sean felices; no sólo porque los amo, sino porque me parece que la felicidad es un factor de buena moral, por decirlo de alguna manera. Si están felices, les va a ser mucho más fácil aprender, ser buenos ciudadanos, buenos padres y buenos hijos. Lo demás viene por añadidura. Con ellos yo nunca he sido tan exigente como lo fue mi papá conmigo. Que estudien, pero no tienen que ser los mejores. Yo me conformo con que hagan psicoanálisis y sepan sumar, restar, multiplicar, dividir, sacar porcentajes, leer, escribir, inglés y vender. Todo eso por razones muy sencillas y prácticas: la lectura y la escritura son fundamentales para comunicarse y entender la vida y el mundo. Si saben las matemáticas básicas pueden montar desde una venta de empanadas, hasta lo que ellos quieran, y si saben vender las empanadas o cualquier otra cosa que hagan, no van a vararse, no se mueren de hambre, algo se inventan para no depender de que les den un puestico. Inglés porque estamos en un mundo globalizado. Y finalmente, que hagan psicoanálisis para que tengan las emociones equilibradas.

Néstor González Gaviria, un amigo mío que me ha asesorado desde siempre, me dijo alguna vez que yo tenía un sombrero de Shakespeare y otro de turca, refiriéndose a mis facetas de periodista y de gerente. En realidad, yo me siento más cómoda con el sombrero de Shakespeare, el de turca me gusta y me emociona porque las empresas que he tenido a mi cargo las he sacado todas adelante con éxito, pues me niego a fracasar. Aunque de ese, ya me estoy cansando, me quita mucho tiempo y se lo quiero delegar a un álter ego para que se haga cargo de los negocios. Pero, hay otros dos que adoro y que desde que me los puse no me los he quitado: el de mamá —porque creo que eso es lo que mejor hago, sobre todo, con María y Federico, a Jorge le tocó la mamá inmadura, que tenía en la cabeza otros intereses— y el de tamborilera, más que cualquier otra cosa, esa es *la* Patricia, diría yo; la vital, la que se pone las fiestas de ruana, la que canta, la Caribe, la que goza, la parrandera y rumbera... Lo que pasa es que con los años va estando mucho más escondida.